Ava Gardner X TOM WOLFE



Rex Reed elevó la entrevista con celebridades a un nuevo nivel, gracias a su sinceridad y su visión para el detalle social. También ha sido un maestro en la captación de un hilo anecdótico en la propia situación de la entrevista –en este caso describiendo a Ava Gardner como la estrella madura que exige ser tratada como una estrella–. Reed utiliza en ocasiones la primera persona, pero nunca de forma importuna, sino más bien en el sentido de Nick Carraway en El Gran Gatsby*, aun cuando, como en este caso, el propio entrevistador se convierta en un elemento de la historia. Reed es excelente en la transcripción y uso del diálogo.*

T. W.

Ava: Vida al anochecer

Ella está ahí, de pie, sin ayuda de filtros contra una habitación que se derrite bajo el calor de sofás anaranjados, paredes color lavanda y sillas de estrella de cine a rayas crema y menta, perdida en medio de este hotel de cupidos y cúpulas, con tantos dorados como un pastel de cumpleaños, que se llama Regency. No hay guión, ni un Minnelli que ajuste los objetivos del CinemaScope. La lluvia helada golpea las ventanas y acribilla Park Avenue mientras Ava Gardner anda majestuosamente en su rosada jaula leche-malta cual elegante leopardo. Lleva un suéter azul de cachemir de cuello alto, arremangado hasta sus codos de Ava, y una minifalda de tartán y enormes gafas de montura negra y está gloriosa, divinamente descalza.

Abriéndose paso a codazos entre un tumulto de cazadores de autógrafos y ávidos de emociones arracimados en el vestíbulo, durante el trayecto en el ascensor de incrustaciones doradas, el agente de prensa de la Twentieth Century-Fox no ha parado de repetirme entre murmullos: "Ella no ve a nadie, ¿sabe?" y "Es usted muy afortunado, es el único por quien ha preguntado". Recordando, quizá, la última vez que vino a Nueva York desde su escondite en España para el lanzamiento de *La noche de la iguana*[1] y le trastornó tanto la prensa que se fue de la fiesta y terminó en el Birdland. Y, nerviosamente, moviéndome bajo mi chaqueta de polo a lo Brooks Brothers, recuerdo también a los fotógrafos, contra los que –según se dice– ella arrojó copas de champán (¡corre incluso el rumor de que precipitó a un periodista por la barandilla!), y –¿quién podría olvidarlo, Charlie?– la marimorena que se armó al presentarse Joe Hyams con un cassette oculto en la manga.

Ahora, dentro de la jaula de leopardo, sin un látigo y temblando como un pájaro nervioso, el agente de prensa dice algo en castellano a la criada española. –Diablos, he pasado diez años allí y aún no soy capaz de hablar ese dichoso idioma –gruñe Ava, despidiéndole con un movimiento de los largos brazos de porcelana de Ava–. *¡Fuera!* No necesito agentes de prensa. –Las cejas dibujan bajo las gafas dos deslumbrantes, acequinados interrogantes.– ¿Puedo confiar en él? –pregunta, sonriendo manifiestamente con esa irresistible sonrisa de Ava y señalándome. El agente hace un gesto afirmativo con la cabeza mientras se dirige hacia la puerta:

–¿Podemos hacer algo más por usted mientras permanece en la ciudad?

–Sólo *sacarme* de la ciudad, pequeño. Sólo *sacarme* de aquí.

[1] *John Huston, 1964.*

Por Tom Wolfe

REX REED: DE ¿DUERME USTED DESNUDA?



El agente se aleja silenciosamente, caminando por la alfombra como si pisara rosas de cristal con zapatos de claqué. La criada española (Ava insiste en que es una perla: "Me sigue por doquier porque me adora") cierra la puerta y se larga hacia otra habitación.

–Bebes, ¿verdad, pequeño? El último maricón que vino a verme tenía gota y no quiso probar trago. –Suelta un rugido de leopardo que suena sospechosamente igual que Geraldine Page en el papel de Alexandra del Lago[2] y mezcla bebidas de su bar portátil: scotch y soda para mí y para ella una copa de champán llena de coñac y otra de Dom Perignon, que bebe sucesivamente, vuelve a llenar y sorbe despacio como jarabe a través de una paja. Las piernas de Ava cuelgan blandamente de una silla color lavanda mientras su cuello, pálido y largo como un vaso de leche, se alza sobre la habitación como un terrateniente sudista inspeccionando una plantación de algodón. A sus cuarenta y cuatro años, aún es una de las mujeres más hermosas del mundo.

[2] *En* Sweet Bird of Youth (Dulce pájaro de juventud)*, Richard Brooks, 1962.*

–No me mires. Estuve despierta hasta las cuatro de la madrugada en ese maldito estreno de *La Biblia*. ¡Estrenos! ¡Mataré personalmente a ese John Huston si vuelve a meterme en otro lío como ése! Debía haber diez mil personas agarrándome. La multitud me produce claustrofobia y no podía respirar. Por Dios, empezaron apuntándome con una cámara de TV, gritando "¡Di algo, Ava!". En el intermedio me perdí y después de apagarse las luces no pude encontrar mi maldita butaca y no paré de decir a aquellas chiquillas de rizados cabellos y linternas, "Voy con John Huston", y ellas no pararon de responderme, "No conocemos a ningún Mr. Huston, ¿es de la Fox?". Iba a tientas por los pasillos a oscuras y cuando finalmente encontré mi butaca, estaba ocupada y hubo una gran escena para conseguir que ese tipo me dejara sentar. Déjame decírtelo, pequeño, la Metro solía montar los circos mucho mejor. Para colmo, perdí mi maldita mantilla en la limousine. Diablos, no era un souvenir esa mantilla. Nunca encontré otra igual. Entonces John Huston me lleva a esta fiesta donde teníamos que ir de un lado para otro y sonreír a Artie Shaw, con quien estuve casada, pequeño, por el amor de Dios, y su esposa, Evelyn Keyes, con quien John Huston estuvo casado hace tiempo, por el amor de Dios. Y cuando todo ha terminado, ¿qué es lo que has conseguido? El mayor dolor de cabeza de la ciudad. A nadie le importa quién diablos estaba allí. ¿Piensas por un momento que Ava Gardner expuesta en ese circo venderá la película? Por Dios, ¿lo *viste*? Tomé parte en todo aquel infierno sólo para que esta mañana Bosley Crowther pudiera escribir que parecía como si posara para un monumento. Todo el tiempo estuve pellizcando a Johnny en el brazo y diciéndole, "Por Dios, ¿cómo puedes dejarme hacer esto?". De todas formas, a nadie le importa lo que llevaba puesto o lo que dije. Todo lo que querían saber es si estaba bebida y si me mantenía derecha. Este es el último circo. ¡No soy una puta! ¡No soy temperamental! Estoy asustada, pequeño. *Asustada*. ¿Es posible que puedas entender lo que es sentirse asustada?

Se subió las mangas por encima de los codos y se sirvió otras dos copas. De cerca, nada en su aspecto sugiere la vida que ha llevado: conferencias de prensa con acompañamiento de luces opacas y orquesta; toreros publicando en la prensa poemas sobre ella; fricciones de vaselina entre sus pechos para realzar el escote; recorriendo incansablemente toda Eu-
ropa como una mujer sin patria, una Pandora con
tas llenas de coñac y bares Hershey ("para rápida
de energías"). Ninguno de los asolados, ruinosos
lor de uva sugieren los amoríos o las reyertas que
policía en medio de la noche o los bailes en tablad
drid hasta el amanecer.

Suena el timbre de la puerta y un chico de cara
ta y peinado a lo Beatle entrega una docena de per
tes traídos de Coney Island en limousine. –Come
sentándose con las piernas cruzadas en el suelo, mord
cebolla cruda.

–¡Me estás mirando otra vez! –dice tímidamen
dose cortos mechones juveniles de pelo detrás de l
de sus orejas de Ava. Señalo el hecho de que pare
tudiante de Vassar con su minifalda–.

–¿Vassar? –pregunta con suspicacia–. ¿No son las
ten en todos los líos?

–Eso es Radcliffe.

Ruge. De nuevo Alexandra del Lago. –Me vi en
y salí esta mañana y me hice cortar el pelo. Esta e
en que solía llevarlo en la Metro. Quita años. ¿Q
Los ojos se encogen, partiendo a su huésped por
perforando mi cuaderno de notas.– No me digas qu
de esas personas que siempre van por ahí garabatea
do en pequeños pedazos de papel. Líbrate de eso.
notas. Tampoco hagas preguntas porque probable
contestaré ninguna. Deja que Mamá lo diga todo.
noce mejor al tinglado. Tú quieres preguntar algo,
responder. Pregunta.

Pregunto si odia todas sus películas tanto como

–Por Dios, ¿qué conseguí nunca hablando? Cad
intenté interpretar, se echaron sobre mí. Es una com
güenza, he sido estrella de cine durante veinticin
no he logrado nada, *nada* tangible a cambio. To
he conseguido son tres asquerosos ex maridos, l
recuerda que tengo que llamar a Artie y pregunt
do es su cumpleaños. no puedo recordar los cump
mi propia familia. La única razón de saber el mío
nací el mismo día que Cristo. Bueno, casi. Noc
1922. Soy Capricornio, lo que significa una vida
no, pequeño. De todas formas, necesito saber la
nacimiento de Artie porque estoy tratando de con
pasaporte nuevo. Vagabundeo por Europa, pero
abandonar mi ciudadanía, pequeño, por *nadie*. ¿
alguna vez vivir en Europa y renovar tu pasaport
tan como si fueras una maldita comunista o algo
blos, ésa es la razón por la que me largo del infier
paña, porque "le" odio y odio también a los comuni
ra quieren una lista de todos mis divorcios, así q
diablos, llamad al *New York Times*: ¡saben de m
yo misma!

–Pero todos esos años en la Metro, ¿no fueron n
tidos?

–Por Dios, después de diecisiete años de esclavi
des hacerme esta pregunta? Lo odié, cariño. Quiero
no soy precisamente estúpida ni me falta sensibilid
trataron de venderme como una bestia premiada
ria de ganado. También trataron de convertirme e
no era y nunca hubiera podido ser. El estudio sol
en mis biografías que yo era hija de un plantador d
en Grabtown. ¿Qué tal te suena? Grabtown, Carolin
te. Y parece exactamente tal como suena. Debí hab
dado allí. Los que nunca se van de casa no tienen
erse muertos, pero son felices. Yo, mírame. ¿Qué
portado? –Apura otra ronda de coñac y se sirve un
Sólo soy feliz cuando no hago absolutamente nada
trabajo no paro de vomitar. No sé nada sobre inter
así que tengo una regla: confiar en el director y e
con el alma y la vida. Y nada más. (Otro rugido le
Tengo la mar de dinero, así que puedo permitirme
ar mucho. No confío en mucha gente, así que aho
bajo con Huston. Solía confiar en Joe Mankiewic
día en el plató de *The Barefoot Contessa*[3] hizo lo in
ble. Me insultó. Dijo "Eres la actriz más condenadam
tada", y desde entonces nunca me gustó. Lo que
quiero hacer es volverme a casar. Adelante, ríete, to
do se ríe, pero qué maravilloso debe ser trajinar des
cinar para un grandioso y maldito hijo de puta qu
por el resto de tu vida. Nunca he tenido un buen

¿Y Mickey Rooney? (Un grito magnífico) –Andr
se enamora[4].

¿Sinatra?

–Sin comentarios –le dice a su copa.

Cuento lentamente hasta diez, mientras sorbe
Entonces,

–¿Y Mia Farrow?

Los ojos de Ava se avivan hasta un suave verde
respuesta llega como si cantidad de gatos lamiesen m
tillos de crema.

–¡Ah! Siempre supe que Frank acabaría en la car
chico.

Como un tocadiscos automático que deja caer un nuevo LP, cambia de tema:

[3] La condesa descalza *(1954).*
[4] *Película protagonizada por Mickey Rooney en 1938.*

–Sólo quiero hacer aquellas cosas que no me hacen sufrir. Mis amigos son más importantes para mí que cualquier otra cosa. Conozco a toda clase de personas –holgazanes, gorrones, intelectuales, unos cuantos estafadores–. Mañana iré a ver a un estudiante de Princeton y asistiremos a un match deportivo. Escritores. Me gustan los escritores. Henry Miller me envía libros para que me cultive. Diablos, ¿leíste *Plexus*? Fui incapaz de terminarlo. No soy una intelectual, aunque cuando estaba casada con Artie Shaw hice muchos cursos en la Universidad de Los Angeles y saqué las notas más altas en psicología y literatura. Tengo cabeza, pero nunca tuve la oportunidad de usarla haciendo todos esos malditos papeles repugnantes de todas esas malditas películas repugnantes que la Metro produjo. Sin embargo, soy muy sensible. Dios, me apena mucho pensar que malgasté estos veinticinco años. Mi hermana Dee Dee no consigue entender que después de todos estos años no pueda soportar estar delante de una cámara. Pero yo nunca aporté nada a este negocio y no tengo ningún respeto por la interpretación. Quizá si hubiera aprendido algo sería distinto. Pero nunca hice nada de lo que pueda estar orgullosa. Aparte de todas esas películas, ¿qué más puedo decir que he hecho?

–*Mogambo*[5], *The Hucksters*[6]...

–Diablos, pequeño, si después de veinticinco años en este negocio todo lo que has conseguido hacer es *Mogambo* y *The Hucksters*, mejor que abandones. Cítame una actriz que haya sobrevivido a toda esa porquería de MGM. Quizá Lana Turner. Seguramente Liz Taylor. Pero todas ellas odian la interpretación tanto como yo. Excepto Elizabeth. Solía venir a verme al plató y me decía: "Si solamente pudiera aprender a ser buena actriz", y pardiez que lo consiguió. No he visto *Virginia Woolf*[7] –diablos, *nunca* voy al cine– pero me han dicho que Liz está bien. Nunca me preocupé mucho de mí misma. No tuve el carácter emocional para interpretar y de todos modos odio a los exhibicionistas. ¿Y quién diablos estaba allí para ayudarme y enseñarme que interpretar era algo más? En realidad lo intenté en *Show Boat*[8], pero eso fue una porquería MGM. Típico de lo que me hicieron allí. Quería cantar aquellas canciones –diablos, aún conservo un acento sureño– y de veras creí que el personaje de Julie debía sonar a negro, ya que se supone que tiene sangre negra. Por Dios, aquellas canciones, como "Bill", no podían parecer ópera. Entonces, ¿qué dijeron? "Ava, pequeña, no puedes cantar, te equivocarás de tono, en este film te codeas con verdaderos profesionales, así que no hagas una locura." ¡Profesionales! ¡Howard Keel? ¿Y Kathryn Grayson, que tiene las tetas más grandes de Hollywood? Quiero decir que Graysie me gusta, es encantadora, ¡pero con ella ni siquiera necesitaban rodar en 3D! Lena Horne me dijo que fuera a ver a Phil Moore, que era su pianista y había formado a Dorothy Dandridge, y me dio lecciones. Hice una grabación condenadamente buena de las canciones y dijeron: "Ava, ¿estás loca?". Entonces llamaron a Eileen Wilson, esa chica que solía cantar muchas de mis canciones en la pantalla, y *ella* grabó una banda sonora con la misma orquestación, tomada de la *mía*. Sustituyeron mi voz por la suya, y ahora en la película cuando mi deje sureño termina de hablar, su voz de soprano empieza a cantar –diablos, qué lío–. Gastaron Dios sabe cuántos miles de dólares y terminó en una porquería. Todavía gano derechos de autor de los malditos discos que hice.

[5] *John Ford, 1953.*
[6] *Jack Conway, 1947.*
[7] *Mike Nichols, 1968.*
[8] Magnolia*, George Sidney, 1951.*

Suena el timbre de la puerta y aparece de un salto un hombre llamado Larry. Larry tiene el pelo plateado, las cejas plateadas y sonríe mucho. Trabaja para una tienda de cámaras de Nueva York.

–Larry estaba casado con mi hermana Bea. Si piensas que soy algo debes ver a Bea. Cuando yo tenía dieciocho años, vine a Nueva York a visitarles y Larry me hizo aquella foto con que empezó todo este fregado. Es un hijoputa, pero me gusta.

–Ava, te aseguro que me gustaste mucho anoche en *La Biblia*. Estabas realmente formidable, querida.

–¡Asqueroso! –Ava se sirve otro coñac–. No quiero oír otra palabra sobre esa maldita *Biblia*. No me creí *nada* y ni por un momento me creí ese pequeño papel mío de Sara. ¿Cómo pudo nadie estar casado cientos de años con *Abraham*, que fue uno de los mayores bastardos de toda la historia?

–Oh, querida, era una mujer maravillosa aquella Sara.

–¡Estaba cargada de puñetas!

–Oh, querida, no debes hablar así. Dios te oirá. ¿No crees en Dios? –Larry se nos une en el suelo y mordisquea un perro caliente, manchándose la corbata con mostaza.

–Diablos, no. –Los ojos de Ava brillan.

–Yo le rezo cada noche, querida. A veces incluso me contesta.

–A mí nunca me contestó, pequeño. Nunca estuvo cerca cuando le necesité. No hizo nada, pero retorció toda mi vida desde el día en que nací. ¡No *me* hables de *Dios*! ¡Lo sé todo de ese chico!

De nuevo el timbre de la puerta. Esta vez entra un tipo intrigante; lleva una gabardina bien planchada, tiene siete kilos de pelo y parece que hubiera estado viviendo de verduras de plástico. Dice que es estudiante de Derecho en la Universidad de Nueva York. También dice que tiene veintiséis años. –¿Qué? –Ava se quita las gafas para verle mejor–. Tu padre me dijo que tenía veintisiete. ¡Alguien miente! –los estrechos ojos de Ava y las palmas de sus manos están húmedos.

–Vamos a tomar un poco el aire, amigos. –Ava va de un salto a su habitación y vuelve llevando una chaqueta verde guisante de la Marina, con un pañuelo de Woolworth en la cabeza. De nuevo la estudiante de Vassar.

–Creía que ibas a cocinar esta noche, querida –dice Larry, poniéndose una manga de su chaqueta.

–Quiero spaghetti. Vamos a la Supreme Macaroni Company. Allí me dejan entrar por la puerta de atrás y nadie reconoce nunca a *nadie*. Spaghetti, pequeño. Estoy muerta de hambre.

Ava cierra de un portazo, dejando todas las luces encendidas. –Paga la Fox, pequeño. –Nos cogemos todos del brazo y seguimos al líder. Ava salta delante de nosotros, como Dorothy camino de Oz. *¡Leones y tigres y osos, caramba!* moviéndose como un tigre a través de los salones del Regency, derritiéndose en un color rosa cálido, como el interior de un útero.

–¿Aún está abajo el hormiguero? –preguntó–. Seguidme.

Conoce todas las salidas. Bajamos en el ascensor del servicio. Cerca de veinte cazadores de autógrafos pueblan el vestíbulo. Celia, reina de los sablistas de autógrafos, que sólo en ocasiones especiales abandona su puesto en la puerta de Sardi, ha desertado hoy. *Ava está en la ciudad esta semana*. Celia está sentada tras una palmera plantada en un tiesto, lleva un abrigo púrpura y una boina verde, los brazos repletos de postales dirigidas a sí misma.

Hace fresco.

Ava se abriga, coloca las gafas aplastadas contra su nariz y tira de nosotros a través del vestíbulo. Nadie la reconoce.

–¡La hora de beber, pequeño! –susurra, empujándome hacia una escalera lateral que desciende al bar del Regency.

–¿Sabes quién fue *eso*? –pregunta una figura al estilo de Iris Adrian, con una piel de zorro teñida de visón en su brazo, al dirigirse Ava hacia el bar. Nos deshacemos de abrigos y paraguas y de repente oímos la voz de la banda sonora, desafinando en mi bemol.

–¡Hijoputa! Podría comprarte y venderte. ¿Cómo te *atreves* a insultar a mis amigos? ¡Traedme al director!

Larry está a su lado. Dos camareros sosiegan a Ava y nos conducen a todos a un reservado situado en un rincón. Oculto. Más oscuro que el Polo Lounge. Esconded a la estrella. Esto es Nueva York, no Beverly Hills.

–La culpa es de ese suéter de cuello alto que llevas –me susurra Larry cuando el camarero me hace sentar de espaldas a la estancia.



–Aquí no me quieren, los hijos de perra. Nunca vengo a este hotel, pero paga la Fox, luego ¿qué diablos? De otro modo no vendría. Ni siquiera tienen un jukebox, por el amor de Dios. –Ava luce una sonrisa en Metrocolor y se hace servir un gran vaso de té con hielo lleno de tequila. –Sin sal en los bordes, no hace falta.

–Siento lo del suéter –empiezo a decir.

–Eres guapo. ¡Gr-r-r! –Se ríe con su risa de Ava, echando hacia atrás la cabeza, y una pequeña vena azul se le dibuja en el cuello, cual delicado trazo de lápiz.

Dos tequilas más tarde ("*dije* sin sal") mueve la cabeza majestuosamente, supervisando el bar como la Emperatriz viuda en la Escena del Reconocimiento. A su alrededor la conversación zumba como aleteo de colibrí y ella no oye nada. Larry habla de cuando estuvo detenido en Madrid y Ava tuvo que sacarle de la cárcel, el estudiante me habla sobre la Facultad de Derecho de Nueva York y Ava le dice a él que no se cree que tenga sólo veintiséis años y pueda demostrarlo, y de repente éste mira su reloj y dice que Sandy Koufax está jugando en Saint Louis.

–¡Estás bromeando! –Los ojos de Ava se encienden cual cerezas en un pastel. –¡Vamos! ¡Maldición, vamos a San Luis!

–Ava, querida, mañana tengo que ir a trabajar. –Larry pega un largo sorbo a su grasshopper.

–Cállate, chico. ¡Si pago para ir todos a Saint Louis, vamos a Saint Louis! ¿Podría traerme un teléfono a esta mesa? Que alguien llame al aeropuerto Kennedy y averigüe a qué hora sale el próximo avión. ¡*Me gusta* Sandy Koufax! ¡*Me gustan* los judíos! Dios, a veces pienso que yo misma soy judía. Una judía española de Carolina del Norte. *¡Camarero!*

El estudiante le convence de que para cuando llegáramos a Saint Louis ya estarían a mitad del séptimo juego. La cara de Ava decae y vuelve a su tequila puro.

–Míralos, Larry –dice–. Son como niños. Por favor, no vayáis a Vietnam. –Su cara se vuelve cenicienta. Julie al abandonar el buque fluvial con William Warfield, cantando "Ol' Man River" entre la niebla del malecón.– Tenemos que hacerlo...

–¿De qué estás hablando, querida? –Larry lanza una mirada al estudiante de Derecho, que asegura a Ava no tener intención de ir a Vietnam.

–... no pedimos este mundo, esos tipos nos obligan a hacerlo... –Una diminuta gota de sudor brota de su frente y ella se levanta de la mesa impetuosamente.– ¡Dios mío, me asfixio! ¡Salgamos a tomar un poco de aire! Vuelca el vaso de tequila y tres camareros vuelan hacia nosotros como murciélagos, haciendo gran ruido con pies y manos y resoplando.

¡Acción!

El estudiante neoyorquino de Derecho, haciendo de Chance Wayne para su Alexandra del Lago, se comporta como una adiestrada Nurse. Los abrigos salen volando del guardarropa. Cuentas y monedas ruedan sobre el mojado mantel. Ava está al otro lado del bar y pasada la puerta. En cola, los demás clientes, que han estado buscando excusas al pasar por nuestra mesa para ir al lavabo, de repente profieren a coro grandes trémolos de "Ava" y nosotros salimos a la calle por la puerta lateral, bajo la lluvia.

Entonces todo termina tan rápidamente como empezó. Ava está en medio de Park Avenue, el pañuelo cae alrededor de su cuello y su pelo flota, alborotadamente sobre sus ojos de Ava. Lady Brett[9] entre el tráfico, con un autobús urbano a guisa de toro. Tres coches se paran en un semáforo verde y todos los taxistas de Park Avenue se ponen a tocar el claxon. Los cazadores de autógrafos salen con ímpetu por las lustrosas puertas del Regency y empiezan a chillar. En el interior, aguardando aún tranquilamente tras la palmera, está Celia, abstraída del ruido, mirando hacia los ascensores, agarrando firmemente sus postales. Ninguna necesidad de arriesgarse a perder a Ava por causa de una pequeña conmoción en la calle. Probablemente Jack E. Leonard o Edie Adams. Los pescaremos la semana que viene en Danny's.

Fuera, Ava está dentro de un taxi, escoltada por el estudiante de Derecho y Larry, dando sonoros besos al nuevo compañero, que nunca llegará a ser un compañero viejo. Ya están doblando la esquina de la calle Cincuenta y siete, desvaneciéndose en esa clase de noche, ese color de zumo de tomate en los faros delanteros que sólo existe en Nueva York cuando llueve.

–¿Quién era? –pregunta una mujer que pasea un perro de aguas.

–Jackie Kennedy –contesta un hombre desde la ventanilla de su autobús.

[9] *Protagonista de la novela de Hemingway* The Sun Also Rises*, cuya versión cinematográfica protagonizó A. G. en 1957.*

Este retrato está incluido en El nuevo periodismo *de Tom Wolfe (Editorial Anagrama).*

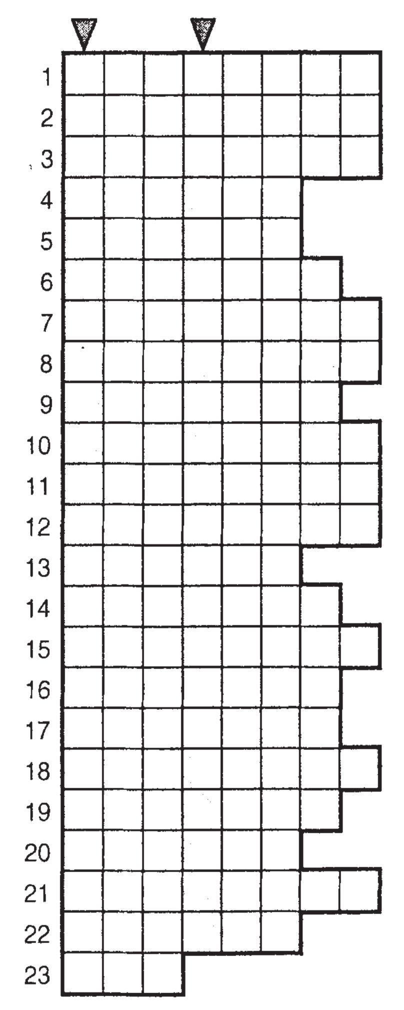
VERANO 12 JUEGOS

ACROSTICO

Anote las palabras definidas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. Basado principalmente en los libros.
2. Concierto, recital.
3. De mármol.
4. Que se mueve haciendo olas.
5. (Edward) Médico inglés, descubridor de la vacuna contra la viruela.
6. Macizo que protege un puerto.
7. Fama, celebridad.
8. Agilidad, presteza.
9. Fidelidad.
10. Ciudad de Alicante.
11. Calidad de redondo.
12. Adverbio de modo.
13. General cartaginés que cruzó los Alpes a lomo de elefante.
14. Ácido muy tóxico.
15. Aparato para comunicarse a distancia.
16. Sabio, versado.
17. Escogido.
18. Excesivamente severo.
19. Conjunto de hechos gloriosos.
20. Que habla demasiado.
21. Malévolo, malvado.
22. Huraño, intratable.
23. Leño para alumbrar.



SÍLABAS

A, a, a, a, al, au, bal, bre, bres, ción, co, co, co, co, co, cuaz, dez, di, di, do, don, drás, e, e, es, fi, fo, ge, gón, hue, Jen, la, le, lé, lé, lec, li, li, lo, ma, mar, mis, mo, mó, ner, ní, ní, no, nom, O, o, pe, pi, po, re, re, re, re, ri, ris, ru, se, si, so, tad, te, te, ti, to, to, tri, un, ya, za.

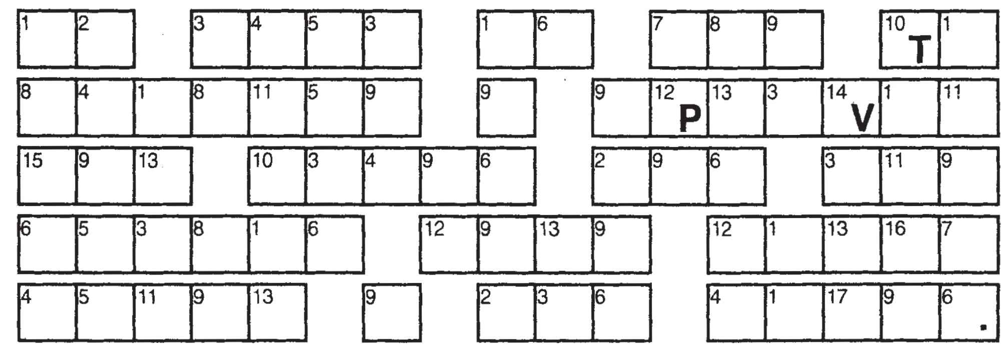
CRIPTOFRASE

Cada uno de los siguientes esquemas esconde una frase. Complételos sabiendo que casillas de igual número llevan la misma letra. Cada frase tiene una clave diferente. Algunas palabras terminan al final de la línea y otras pueden seguir en la línea siguiente.

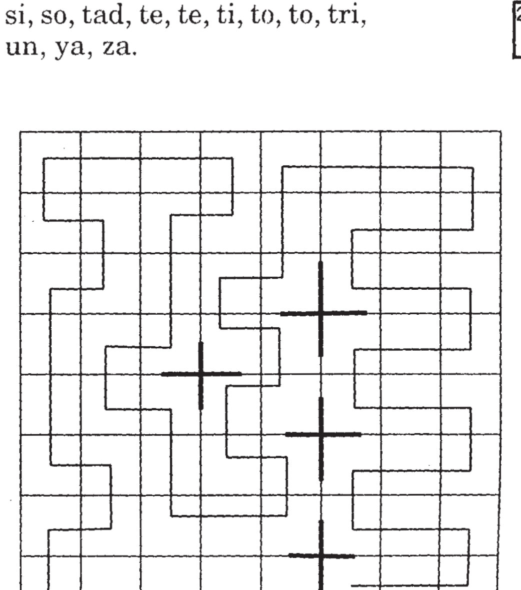
1. Lo dijo George Bernard Shaw.



2. Un pensamiento de Plutarco.



3. Una frase de Gilbert Cesbron.



RECORRIDO DE LA TORRE

*En el dibujo se ve un recorrido continuo de la torre de ajedrez que pasa **una vez por todas las casillas del tablero**. Se han marcado cuatro cruces formadas por segmentos que quedaron sin ser atravesados por el recorrido. La idea es dar con un recorrido completo de la torre que deje la mayor cantidad posible de cruces.*

¡SÚPER RENOVADA!
Revista Quijote
Nuevas secciones. Nuevo diseño. Nuevos desafíos.
Ediciones de Mente

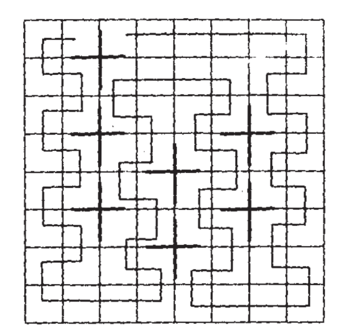
SOLUCIONES

ACROSTICO

1. LIBRESCO / 2. AUDICIÓN / 3. MARMÓREO / 4. UNDOSO / 5. JENNER / 6. ESPIGÓN / 7. RENOMBRE / 8. LIGEREZA / 9. LEALTAD / 10. ORIHUELA / 11. REDONDEZ / 12. ASIMISMO / 13. ANÍBAL / 14. NÍTRICO / 15. TELÉFONO / 16. ERUDITO / 17. SELECTO / 18. DRÁSTICO / 19. EPOPEYA / 20. LOCUAZ / 21. MALÉFICO / 22. ARISCO / 23. TEA.

"La mujer llora antes del matrimonio, el hombre después."
Proverbio polaco

RECORRIDO DE LA TORRE



CRIPTOFRASE

1. "La obediencia simula subordinación, lo mismo que el miedo a la policía simula honradez." George Bernard Shaw
2. "El odio es una tendencia a aprovechar todas las ocasiones para perjudicar a los demás." Plutarco
3. "La televisión nos proporciona temas sobre los cuales pensar, pero no nos deja tiempo para poder hacerlo." Gilbert Cesbron

¿Probó algo así?



La nueva revista mensual